

LA APUESTA

--Traducción de Mario Arrubla--

Hugh Lozier era la excepción a la regla de que las personas muy seguras de sí mismas no pueden inspirar simpatía. Todos hemos conocido ese tipo de personas, por supuesto – esas voces controladas pero penetrantes que sobrepujan a todas las demás en una discusión, esos dedos rígidos que imponen opiniones clavándose en las costillas del interlocutor, esas palabras últimas contundentes sobre el tema que sea– y me imagino que todos sentimos hacia ellas la misma mezcla de desagrado y envidia. Desagrado, porque a nadie le gusta que lo callen a gritos o lo pinchen con el dedo, y envidia porque todos quisiéramos tener el grado de seguridad que se necesita para pretender imponerse a otros con gritos o pinchazos.

Por lo que a mí respecta, puesto que mi trabajo me ha llevado regularmente a ciertos lugares de este atomizado

mundo donde reina la confusión y la única ocupación de la gente es hacer distinciones políticas sutiles, yo encontraba que los juicios absolutos eran prácticamente imposibles de alcanzar. Hugh observó una vez, a propósito de esto, que era bueno que los jefes de mi Departamento no compartieran mi escepticismo, porque sabe Dios qué sería entonces del país. A mí no me complacía su opinión, pero, en mi fuero interno, muy a mi pesar tenía que reconocerle el derecho a pensar así.

Con todo ello, y aunque era mi cuñado –un vínculo curioso, pensándolo bien– Hugh me gustaba inmensamente, justo como les gustaba a todos los que lo conocían. Era un hombre grande y buen mozo, con ojos de color azul claro y un rostro rubicundo, y con una personalidad vivaz y extrovertida dispuesta a apreciar cualquier virtud que uno tuviera. Era abrumadoramente generoso, y su generosidad era de una extraña y excelente índole: hacía que uno sintiera que le estaba haciendo un favor con el hecho de aceptar sus presentes.

No digo que él tuviera especial sentido del humor, pero en este punto el simple buen humor puede ser un adecuado sustituto, y así ocurría en el caso de Hugh. Su lado tormentoso se limitaba a los casos en que él pensaba que uno podía haber necesitado su ayuda y se había abstenido de pedírsela. Lo cual significaba que diez minutos después de haber conocido a Hugh y haber ganado su simpatía, se esperaba que uno le pidiera cualquier cosa que él pudiera ofrecer. Un mes o algo así después de haberse casado con mi hermana Elizabeth ella le contó lo mucho que me gustaba un hermoso Copley que él tenía colgado en su galería personal de Hill-top, y todavía puedo recordar mi terrible embarazo cuando el cuadro llegó de repente, bien embalado y con una tarjeta de regalo, a mi desnudo y pequeño apartamento. Me costó mucho esfuerzo –al final lo logré– devolvérselo con el argumento de que el cuadro valía más que todo el edificio en que yo vivía, y que la obra misma no se beneficiaba en nada colgada en mi pared. Creo que él sospechó que yo estaba mintiendo, pero Hugh no era una persona capaz de acusarme de mentiroso.

Por supuesto, la heredad Hilltop y los doscientos años de tradición que los Lozier habían incorporado en ella tuvieron mucho que ver en la formación del carácter de Hugh. Los primeros Loziers, que habían construido la finca a partir de los altos que miraban al río, habían trabajado duro y prosperado de manera notable; las siguientes generaciones habían invertido sus ingresos tan sabiamente que la riqueza y la prosperidad erigieron al final una especie de muro entre Hilltop y el mundo circundante. En verdad, Hugh era un hombre del siglo dieciocho que de alguna manera se había encontrado trasplantado al siglo veinte, y se las arreglaba lo mejor posible.

La misma Hilltop era casi una réplica de la célebre y muy cercana –y por largo tiempo desocupada– casa Dane, que por su imponente causaba la admiración de todos los que la veían. Como su modelo, Hilltop era de piedra erosionada, irradiaba gracia a pesar de su tamaño, y los vastos prados que se extendían hasta la rivera del río habían sido cuidados con tan fanática devoción a través de los años que eran como alfombras de verde césped mágicamente cambiantes de

color y brillo bajo la brisa. Había jardines que se extendían desde el otro lado de la casa hasta una arboleda que ocultaba parcialmente los establos y las edificaciones anexas, y al final de la arboleda pasaba la angosta carretera que conducía al pueblo. La carretera era una vía en participación, cada propietario de finca teniendo que mantener su parte, y creo poder decir que, a pesar de ser Hugh el que más cascajo arrojaba en ella para mantenerla transitable, la utilizaba menos que cualquiera de sus vecinos.

La vida de Hugh estaba ligada a Hilltop; sólo se alejaba por una necesidad extrema; y si uno lo encontraba lejos de ella podía estar seguro de que él estaría contando los minutos para volver a casa. Si uno se descuidaba era probable que terminara acompañándolo en el camino de regreso y que permaneciera con él en Hilltop, totalmente incapaz de dejar el lugar mientras pasaban las semanas. Sé por qué lo digo. Creo que pasé más tiempo en Hilltop que en mi propio apartamento después de que mi hermana introdujo a Hugh en la familia.

En un tiempo el matrimonio de mi hermana fue para mí un enigma, considerando que antes de que conociera a Hugh había sido una mujer inquieta y veleidosa, tanto como bella. Cuando la interrogué al respecto directamente, dijo, “Es algo maravilloso, querido. Justo tan maravilloso como pensé que sería cuando lo conocí”.

El primer encuentro había tenido lugar en una exposición de arte, una muestra de pintura ultramoderna, y ella había estado examinando una de las obras más desconcertantes en exhibición cuando tomó nota de ese hombre alto y buen mozo que la estaba mirando. Y, como dijo, ella había estado a punto de ponerlo en su sitio cuando él le dijo abruptamente, “¿Admira eso?”

Era una introducción tan diferente de lo que ella había pensado que quedó por completo desconcertada. “No sé”, dijo débilmente. “¿Se supone que es admirable?”

“No”, dijo el extraño. “es pura basura. Venga le muestro algo que vale la pena”.

“Y”, me dijo Elizabeth, “caminé como un crío detrás de él, mientras él iba de un lado a otro diciéndome lo que era

bueno y lo que era malo, y todo en voz alta, de modo que recogimos cantidad de gente en el camino. ¿Puedes imaginártelo, querido?”

“Sí”, dije. “Me lo puedo imaginar”. Por entonces, yo ya había tenido experiencias similares con Hugh, y había aprendido por mí mismo que nada podía afectar su férrea seguridad.

“Bueno”, continuó Elizabeth, “debo admitir que al principio tuve dudas, pero luego comencé a ver que él sabía realmente de qué estaba hablando, y que era terriblemente sincero. No me aleccionaba por pedantería, sino porque estaba verdaderamente deseoso de que yo entendiera las cosas como él las entendía. Sucede lo mismo en todo. El resto de la gente se la pasa tanteando y vacilando antes de decidir cualquier cosa –qué plato pedir, cómo proceder en su trabajo, por quién votar—pero Hugh siempre *sabe*. Es el hecho de *no* saber lo que explica todos esos nervios y complejos y demás cosas por el estilo, ¿no es verdad? Bien, yo me apunto a Hugh y dejo que los demás se las arreglen con psiquiatras”.

Esa era la situación. Un edén de magníficas praderas, sin complejos y ni motivos de sobresalto, y ni siquiera la sombra de una serpiente al acecho. Es decir, ni una sombra hasta el día que Raymond entró en escena.

Estábamos ese día en la terraza, Hugh, Elizabeth y yo, derritiéndonos lentamente en una especie de líquido sopor a causa del sol de agosto, y todos tan embotados que ni siquiera intentábamos hablar. Yo descansaba con una gorra de lino sobre el rostro, escuchando los ruidos del verano y sintiéndome perfectamente feliz.

Se oía el bajo y sostenido silbido del viento a través de los álamos cercanos, el sonido de remos en el río, abajo, y por momentos el melancólico tintineo del cencerro de las ovejas en el prado. El rebaño de ovejas era un capricho de Hugh. Aseguraba que no había nada mejor para un prado que unas pocas ovejas pastando en él, y cada verano cinco o seis gordas ovejas hembras eran traídas al prado para tal efecto, y para agregar una apacible nota pastoral al paisaje.

El primer signo que advertí de algo extraño vino del rebaño de bóvidos –el repentino tintineo de los cencerros

sonando alborotadamente y luego unos balidos que sugerían un asalto por una manada de lobos. Oí decir a Hugh, “¡Diablos!” con voz fuerte y rabiosa, y abrí los ojos para ver algo más inesperado que los lobos. Era un caniche grande y negro que lucía un corte de pelo extravagante, un brillante collar rojo, y un ánimo excitado mientras perseguía las ovejas a lo largo del prado. Era claro que el caniche no quería hacerles daño –seguramente las veía como el mejor juguete imaginable– pero era claro también que las aterradas ovejas no entendían esto, y muy probablemente saltarían al río antes de que acabara la diversión.

En los escasos segundos que estuve viendo todo esto, Hugh ya había saltado el bajo muro de la terraza y se encontraba en medio de su rebaño, pastoreándolo lejos del borde del agua, y gritando órdenes al perro, que no se daba por aludido.

“¡Quieto!”, gritaba. “¡Quieto!” Y luego, como si se tratara de uno de sus propios sabuesos, le ordenó con voz severa, “¡Ven aquí!”

Hubiera sido mejor, pensé, coger un palo o una piedra y hacer un gesto de amenaza, puesto que el caniche no prestaba atención a las palabras de Hugh. Más bien, ladrando alegremente, la emprendió de nuevo con las ovejas, con Hugh tras él en inútil persecución. Un instante después el perro fue reducido a una inmovilidad absoluta por una voz que venía de los álamos cerca del extremo del prado.

“¡Assieds!”, clamó la voz jadeante. “¡Assieds-toi!”

Luego apareció el hombre, bajo, bien vestido, trotando a través del prado. Hugh quedó a la espera, con el rostro sombrío mientras miraba.

Elizabeth apretó mi brazo. “Vamos allá”, susurró. “Hugh no soporta que lo pongan en ridículo”.

Llegamos a tiempo para oír a Hugh riéndole al extraño. “Ningún hombre”, estaba diciendo, “que no sepa mantener un animal en su sitio debería tenerlo”.

El hombre escuchaba con atención cortés. Tenía un rostro agradable, fino e inteligente, marcado con una red de líneas en la comisura de los ojos. Había también en esos ojos algo que no podía ser disimulado por completo: una suave burla.

Un destello de percepción irónica dirigida hacia el mundo como la lente de una cámara. No era algo que una persona como Hugh pudiera notar, pero estaba allí presente, y produjo en mí un sentimiento de simpatía. Había algo extrañamente familiar en el rostro del recién llegado, con su frente alta, sus cabellos grises y poco abundantes, pero por más que hurgué en mi memoria mientras Hugh sermoneaba al hombre no pude descubrir qué me recordaba ese rostro. El regaño terminó con algunas observaciones sobre los mejores métodos de entrenar a un perro, y en ese momento era claro que Hugh se sentía inclinado a perdonar.

“Por fortuna no se ha producido ningún daño”, dijo.

El hombre asintió con la cabeza, sobriamente. “De todos modos, empezar con mal pie con los nuevos vecinos de uno—”

Hugh se sobresaltó. “¿Vecinos?” dijo casi con grosería. “¿Quiere decir que usted vive por aquí?”

El hombre señaló hacia los álamos. “Al otro lado de esos bosques”.

“¿La casa *Dane*?” Para Hugh, la casa Dane era casi tan sagrada como Hilltop, y una vez me había explicado que si alguna vez le ofrecían la oportunidad de comprar el lugar, no la dejaría escapar. Su tono era ahora más incrédulo que herido. “¡No lo creo!” exclamó.

“Oh, sí” le aseguró el hombre, “la casa Dane. Yo actué en ella durante una fiesta hace muchos años, y siempre abrigué la esperanza de que algún día pudiera poseerla”.

Fue la palabra *actué* la que me dio la pista –eso y el acento suavemente perceptible debajo de un perfecto inglés. Él había nacido en Marsella –eso explicaba el acento– y mucho antes de mi época era ya en una leyenda.

“¿Usted es Raymond, no es verdad?” dije. “Charles Raymond”.

“Prefiero Raymond a secas”. Sonrió como burlándose de su propia pequeña vanidad. “Y me halaga que usted me haya reconocido”.

No creo que eso fuera cierto. Raymond el Mago, Raymond el Grande, esperaba ser reconocido dondequiera que fuera. Como el gran prestigeador que había opacado al mago

Thurston, como el artista del escape que casi había superado a Houdini, es dudoso que Raymond fuera a subestimarse a sí mismo.

Había comenzado con la serie habitual de pruebas que forman el repertorio de la mayoría de los magos tradicionales; había ido luego mucho más lejos, realizando esas proezas de escape que, supongo, son hoy conocidas por todo el mundo. El ataúd de plomo cerrado herméticamente y sumergido en un lago bajo una gruesa capa de hielo, el impresionante nudo suicida que amarra con un lazo la garganta y las piernas dobladas, de modo que el movimiento de una pierna aprieta el nudo alrededor del cuello –todas estas pruebas las había enfrentado Raymond y de todas había escapado. Y luego, en el pináculo de la fama, había desaparecido de la escena pública y su nombre había quedado relegado al pasado.

Cuando le pregunté por qué, se encogió de hombros.

“Un hombre trabaja por dinero o por amor a su trabajo. Si tiene todo el dinero que necesita y no ama ya su trabajo, ¿para qué seguir?”

“Pero dejar una gran carrera—” protesté.

“Era suficiente saber que esta casa estaba aquí esperándome”.

“¿Quiere decir”, dijo Elizabeth, “que nunca pensó vivir en otro lugar que este?”

“Nunca –ni una vez en todos estos años”. Se pasó un dedo por la nariz y nos hizo un amplio guiño. “Por supuesto, yo no le oculté mi interés a la sucesión Dane, y cuando llegó la hora de vender yo fui el primero en ser contactado”.

“Usted no abandona una idea fácilmente”, dijo Hugh con tono sarcástico.

Raymond se rió. “¿Idea? Era realmente una obsesión. Durante años viajé a muchas partes del mundo, pero no importaba qué tan hermoso fuera el lugar, yo sabía que no podía ser tan hermoso como esta casa al borde de esos bosques, con el río al pie de la loma y las colinas al fondo. Algún día, me decía, cuando mis viajes terminen vendré aquí, y, como Cándido, cultivaré mi jardín”.

Pasó la mano distraídamente por por la cabeza de su caniche y miró alrededor con aire de gran satisfacción. “Y ahora”, dijo, “aquí estoy”.

Aquí estaba, en realidad, y rápidamente fue claro que su llegada estaba produciendo un cambio en Hilltop. O, como Hilltop era por completo un reflejo de Hugh, era también claro que se estaba produciendo un cambio en Hugh. Se volvió irritable e inquieto, y más agresivamente seguro de sí mismo que nunca. La calidez y la buena índole estaban todavía allí –formaban parte de él tanto como su arrogancia– pero ahora tenía que esforzarse más para ponerlas de manifiesto. Me recordaba a un hombre al que le cae una mota de polvo en el ojo, pero no puede sacársela, y tiene que acomodarse a ella como mejor puede.

Raymond, por supuesto, era la mota de polvo, y a veces me daba la impresión de que se complacía en ese papel. Habría sido muy fácil para él permanecer cerca de su propia casa y cultivar su jardín, como había dicho, u ocupado en la composición de su álbum, o en cualquiera otra cosa que

hagan los artistas del espectáculo cuando se retiran, pero era evidente que eso le parecía imposible. Así, era corriente verlo aparecer en Hilltop a las horas más inesperadas, a la par que Hugh empezó a tomar el camino de la casa Dane y tener allí largas y acaloradas discusiones.

Ambos debían ser conscientes de que había tan poca compatibilidad entre ellos que lo mejor que hubieran podido hacer era mantenerse apartados. Pero tenían la afinidad de las fuerzas negativas y positivas, y cuando estaban juntos en una sala el seco crac de sus cargas opuestas era tan fuerte que casi podía verse en el aire.

Cualquier tema era causa de disputa, y eran amargos los duelos que entablaban entonces: Hugh blindado y armado con su seguridad a toda prueba, Raymond revoloteando con un estoque, en busca de una rendija en la armadura del otro. Lo que más irritaba a Raymond, creo, era que no encontraba rendijas en esa armadura. Dada su obvia pasión por investigar todos los aspectos de cualquier asunto y profundizar en motivos y causas, se sentía indignado por la manera resuelta que tenía Hugh de imponer su ley.

Y no vacilaba en hacérselo saber. “Usted es un auténtico hombre medieval”, decía. “Y de todas las cosas que los hombres deberían haber aprendido desde ese entonces, la más importante es que no hay respuestas fáciles, no hay soluciones que uno pueda ofrecer con un chasquido de los dedos. Lo único que puedo desearle es que algún día se vea enfrentado a un dilema perfecto, a una cuestión que no tenga respuesta. Eso sería una revelación para usted. En ese momento aprendería más de lo que puede imaginarse”.

Y Hugh no facilitaba las cosas cuando respondía fríamente: “Y *yo* digo que para un hombre que tenga un cerebro y el coraje de usarlo, no existe eso que usted llama el dilema perfecto”.

Es posible que estos episodios hayan conducido al problema que siguió, aunque es también posible que Raymond haya actuado por los motivos estéticos más inocentes. Pero, cualquiera que fuera la índole de sus motivos, los resultados fueron inevitables y peligrosos.

Se derivaron del proyecto que Raymond nos describió una tarde con todo detalle. Ahora que estaba viviendo en la casa

Dane había descubierto que era demasiado grande, demasiado abrumadora. “Parece un museo”, explicó. “Me siento como un alma en pena vagando a través de interminables corredores”.

La casa necesitaba también una mejor vista, más paisaje. La belleza de los árboles añosos era innegable, pero, como dijo Raymond, eran demasiados. “Literalmente”, dijo, “los árboles no dejan ver el río, y a mí me encanta la vista del agua que corre”.

En conjunto, se trataba de varios cambios drásticos. Dos alas de la casa debían desaparecer, muchos árboles serían tumbados para abrir un amplio pasillo hacia el agua, el lugar todo sería vivificado. No sería más un museo, sino el hogar perfecto que él había imaginado durante años.

Al comienzo de la exposición Hugh estaba cómodamente repantigado en su silla. A medida que Raymond trazaba la vívida pintura de lo que se proponía lograr, Hugh se ponía cada vez más derecho hasta que estuvo tan rígido como un soldado de caballería en su montura. Sus labios se apretaron. Su rostro se enrojeció. Sus puños se cerraron y se

aflojaron a un ritmo lento y parejo. Sólo por milagro lograba frenar el estallido, pero no era el tipo de milagro que podía durar. Por la expresión de Elizabeth vi que ella también entendía esto, pero era tan impotente como yo para hacer nada al respecto. Y cuando Raymond, después de darle los últimos toques a su brillante descripción, dijo satisfecho, dirigiéndose a Hugh, “Bien, ¿cómo le parece?”, Hugh perdió la contención.

Se inclinó con deliberación hacia adelante y dijo, “¿Realmente quiere saber cómo me parece?”

“Vamos, Hugh”, dijo Elizabeth alarmada. “Por favor, Hugh—”

Él no le hizo ningún caso.

“Realmente quiere saber?” le preguntó a Raymond.

Raymond frunció el ceño. “Por supuesto”.

“Se lo diré entonces”, dijo Hugh. Respiró hondo. “Creo que sólo un completo iconoclasta podría concebir la atrocidad que está proponiendo. Pienso que usted es de esas personas que gozan destruyendo todo lo que tiene el sello de

la tradición o de la estabilidad. ¡Usted patearía los puntales que sostienen el mundo si pudiera hacerlo!”

“Perdóneme”, dijo Raymond. Estaba muy pálido e indignado. “Pero creo que está confundiendo el cambio con la destrucción. Debe comprender que yo no me propongo destruir nada, sino sólo hacer algunos cambios necesarios”.

“¿Necesarios?” tartamudeó rabiosamente Hugh. “¿Arrancar unos hermosos árboles que han estado allí durante siglos? ¿Destrozar una casa que es tan sólida como una roca? Yo llamo eso una destrucción absurda”.

“Me temo que no entiendo. Animar un escenario, darle nueva forma—“

“Yo no quiero discutir”, lo cortó Hugh. “¡Digo que usted no tiene derecho a alterar esa propiedad!”

De pronto los dos estaban de pie, enfrentándose uno a otro agresivamente, y lo único que mitigaba mi temor era la convicción de que Hugh no se pondría violento, y que Raymond era demasiado equilibrado para perder el control. Después, el momento amenazador pasó milagrosamente. Los labios de

Raymond se distendieron en un gesto de diversión, y estudió a Hugh con amable interés.

“Ahora veo”, dijo. “Fui un tonto al no darme cuenta desde el primer momento. Esta propiedad que, observaba yo, era demasiado parecida a un museo, debe permanecer inmodificada, y yo voy a ser su custodio. Un administrador del pasado, un curador de sus reliquias”.

Sacudió la cabeza, sonriente. “Pero me temo que yo no soy la persona apropiada para ese papel. Yo me quito el sombrero ante el pasado, es verdad, pero prefiero cortejar el presente. Por esa razón seguiré adelante con mis planes, deseando que no sean un obstáculo para nuestra amistad”.

Recuerdo haber pensado, cuando partí al día siguiente para la ciudad donde me esperaba una larga semana de calor y de trabajo, que Raymond había manejado bien las cosas y que, gracias a Dios, no había ido más lejos en sus manifestaciones. Así que me cogió por sorpresa la llamada de Elizabeth al final de la semana.

Era espantoso, dijo. El problema de Hugh y Raymond y la casa Dane estaba peor que nunca. Necesitaba que yo fuera a Hilltop al día siguiente, y no había excusa que valiera. Ella tenía un plan para arreglar las cosas, pero yo tenía que estar allí simplemente para respaldarla. Después de todo, yo era una de las pocas personas a quienes Hugh escuchaba, y ella dependía de mí.

“¿Dependes de mí para qué?” dije. No me gustó cómo sonaba eso. “Y en cuanto a que Hugh me escucha, ¿no es una exageración, Elizabeth? No me lo imagino esperando mi consejo en sus asuntos personales”.

“Si vas a ponerte susceptible—”

“No es susceptibilidad” repliqué. “Es sólo que no me gusta inmiscuirme en este asunto. Hugh es muy capaz de cuidar de sí mismo”.

“Tal vez demasiado capaz”.

“¿Y eso qué significa?”

“Oh, no puedo explicarlo ahora”, gimoteó. “Mañana te lo contaré todo. Y, querido, si tienes sentimientos fraternales estarás aquí en el tren de la mañana. Créeme, es serio”.

Llegué en el tren de la mañana muy conturbado. Mi imaginación es de esa clase hiperactiva que puede componer un desastre cósmico a partir de muy pocos elementos, y en el momento en que llegué a la casa estaba preparado para casi cualquier cosa.

Pero en la superficie, por lo menos, todo estaba tranquilo. Hugh me saludó calurosamente. Elizabeth era la misma persona alegre, y tuvimos un amistoso almuerzo y una larga conversación que en ningún momento tocó el tema de Raymond y la casa Dane. Yo no dije nada sobre la llamada de Elizabeth, pero sentía al respecto una indignación creciente hasta que estuve solo con ella.

“Ahora”, dije, “querría una explicación de este misterio. Sabe Dios qué esperaba encontrar aquí, pero no se parecía en nada a lo que he visto. Y me gustaría oír cómo justificas el mal rato que me has hecho pasar desde esa llamada”.

“Muy bien”, dijo ella muy seria, “ven conmigo”.

Debí caminar con ella un largo trecho a través de los jardines y más allá de los establos y las edificaciones anexas. Cerca de la carretera privada que estaba más allá de la

última arboleda ella dijo de repente, “¿Cuando llegaste en el auto no notaste nada raro en esta carretera?”

“No, no noté nada”.

“Me imagino. La entrada de autos hacia la casa dobla antes de este lugar. Pero ahora tendrás la oportunidad de verlo por ti mismo”.

Lo vi por mí mismo. Había una silla colocada en mitad de la carretera, y en la silla estaba sentado un hombre corpulento leyendo plácidamente una revista. Reconocí al hombre de inmediato: era uno de los trabajadores del establo, y tenía la actitud paciente de alguien que ha estado sentado por largo tiempo y espera seguir sentado mucho tiempo más. Me tomó sólo un segundo advertir para qué estaba allí, pero Elizabeth no quería dejar nada a mis poderes deductivos. Cuando nos acercamos, el hombre se paró y nos sonrió.

“William”, dijo Elizabeth, “¿puedes decirle a mi hermano qué instrucciones te dio Mr Lozier?”

“Claro que sí”, dijo el hombre alegremente. “Mr Lozier nos dijo que uno de nosotros tenía que estar sentado aquí, y que cualquier camión que pudiera llevar materiales de cons-

trucción o algo por el estilo para la casa Dane debía ser detenido y obligado a devolverse. Todo lo que teníamos que decirles es que esto es propiedad privada y que no tenían autorización para pasar. Si no querían obedecer, simplemente llamábamos a la policía. Eso es todo”.

“¿Han devuelto muchos camiones?” preguntó Elizabeth para mi información.

El hombre pareció sorprendido. “Oh, usted lo sabe, Mrs Lozier”, dijo. “Hubo un par de ellos el primer día, y eso fue todo. No hubo ningún problema”, me explicó. “Ningún conductor quiere meterse en líos por violación de propiedad privada”.

Cuando nos alejamos de la carretera me di una palmada en la frente. “¡Es increíble!” dije. “Hugh debe saber que no puede hacer eso. ¡La carretera es el único acceso a la casa Dane, y ha sido de uso público por tan largo tiempo que ya no puede considerarse una vía privada!”

Elizabeth movió la cabeza, asintiendo. “Eso fue exactamente lo que Raymond le dijo a Hugh hace pocos días. Vino a la casa hecho una furia, y tuvieron una acalorada discusión

sobre eso. Y cuando Raymond dijo que iba llevar a Hugh ante la justicia, Hugh respondió que con gusto iba a pasar el resto de la vida litigando sobre este asunto. Pero eso no fue lo peor. Lo último que dijo Raymond fue que Hugh debería saber que la fuerza invita a la fuerza, y desde ese momento he estado esperando que estalle una guerra de un momento a otro. ¿Te das cuenta? Ese hombre que está bloqueando la carretera es una provación permanente, y estoy asustada”.

Yo la entendía. Y cuanto más consideraba el asunto, más peligroso me parecía.

“Pero yo tengo un plan”, dijo Elizabeth en tono decidido, “y es por eso que deseaba que tú vinieras. Voy a organizar una comida esta noche, una reunión muy pequeña e informal. Una especie de conferencia de paz. Tú estarás presente, y el Dr Wynant –Hugh los aprecia mucho a ambos–y”, vaciló un momento, “Raymond”.

“¡No!”, dije. “¿Crees que él va a venir?”

“Yo fui a verlo ayer y tuvimos una larga conversación. Le expliqué todo –hablé de vecinos que son capaces de sentarse y llegar a un acuerdo, y del amor fraternal y, oh, lo que le

expresé debió sonar terriblemente cursi y sentimental, pero funcionó. Dijo que vendría”.

Tuve una sospecha. “¿Hugh lo sabe?”

“¿Lo de la comida? Sí”.

“Quiero decir, que Raymond va a venir”.

“No, no lo sabe”. Y cuando advirtió que la miraba con expresión severa, exclamó desafiante, “Bien, algo había que hacer, y yo lo hice, ¡eso es todo! ¿No es mejor eso que sentarse y esperar Dios sabe qué?”

Hasta que todos estuvimos reunidos en la sala y luego en torno a la mesa del comedor esa noche, yo podía haber reconocido como acertada la posición de Elizabeth. Hugh se había mostrado claramente molesto por la llegada de Raymond, pero luego, aparte de una larga mirada a Elizabeth que valía por millares de palabras, logró disimular sus sentimientos. Había hecho las presentaciones de manera cortés, participó a continuación en la conversación, y, en general, estaba cumpliendo bien su papel de anfitrión.

Irónicamente, fue la presencia del Dr Wynant lo que facilitó este triunfo inicial de Elizabeth, y lo que después convir-

tió todo en un desastre. El doctor era un cirujano eminente, regordete y canoso, de maneras francas y positivas. A pesar de su importante posición en el mundo parecía encantado como un escolar de conocer a Raymond, y al instante se entendieron como compinches.

Cuando Hugh descubrió durante la comida que casi toda la atención estaba concentrada en Raymond y muy poca en él, la actitud de buen anfitrión comenzó a esfumarse y las debilidades fatales del plan de Elizabeth se pusieron de manifiesto. Hay personas que gozan teniendo a una gran personalidad como invitado y se complacen en la gloria que les llega por reflejo, pero Hugh no era una de ellas. Además, él consideraba al doctor como un amigo íntimo, y yo he notado que los hombres más seguros suelen ser los más celosos de sus amigos. Y cuando una amistad valiosa está siendo afectada por el hombre que uno más detesta en el mundo—! En resumidas cuentas, simplemente imaginando los sentimientos de Hugh y mirando a través de la mesa a Raymond perorando de manera alegre y despreocupada, yo estaba preparado para lo peor.

La oportunidad se presentó para Hugh cuando Raymond se embarcó en una exposición sobre los ardides que se emplean para realizar escapes. Eran innumerables, dijo. Casi cualquier cosa de la que se pudiera echar mano podía resultar efectiva. Un alambre, un trozo de metal, incluso un pedazo de papel –en una u otra ocasión él había utilizado todos esos recursos.

“Pero entre todos ellos”, dijo con repentina solemnidad, “hay uno por el que yo apostaría mi vida. Extrañamente, es uno que no puede verse, que no puede tenerse en la mano – de hecho, para muchos ni siquiera existe. Sin embargo, es el que yo he utilizado más a menudo y nunca me ha fallado”.

El doctor se inclinó hacia adelante, los ojos brillantes de interés. “¿Y es—?”

“Es el conocimiento de la gente, amigo mío. O, en otras palabras, el conocimiento de la naturaleza humana. Para mí es tan vital como para usted el bisturí”.

“¿Sí?” dijo Hugh, y su voz sonó tan aguda que todos los ojos se volvieron instantáneamente hacia él. “Usted hace que los juegos de manos parezcan una rama de la psicología”.

“Quizás”, respondió Raymond, y vi que ahora estaba mirando a Hugh con detenimiento, como calibrándolo. “En realidad, no hay mayor misterio en el asunto. Mi profesión –mi arte, como me gusta llamarlo– no es más que el arte de confundir a la gente, de producir mistificaciones, y yo no soy más que uno de sus muchos practicantes”.

“Yo no diría que hay muchos artistas del escape hoy en día”, observó el doctor.

“Es verdad”, dijo Raymond, “pero tenga en cuenta que yo me refería al arte de la mistificación. Los escapistas, los maestros de la prestidigitación, son un puñado que practican la forma más exótica de ese arte. ¿Pero qué decir de aquellos que trabajan en el campo de la política, de la propaganda, de las ventas?” Se pasó el dedo por la nariz en un gesto habitual en él, e hizo un guiño. “Me temo que todos ellos han convertido mi arte en su negocio”.

El doctor sonrió. “Puesto que usted no ha incluido la medicina en esa lista, no tengo problema en darle la razón”, dijo. “Pero lo que quisiera saber, exactamente, es de qué manera

el conocimiento de la naturaleza humana juega un papel en su profesión”.

“De la siguiente manera”, dijo Raymond. “Uno debe evaluar a una persona cuidadosamente. Entonces, si encuentra en ella ciertas debilidades, puede transmitirle una falsa premisa, que será aceptada sin problema. Una vez que la persona se traga la falsa premisa, el resto es fácil. La víctima sólo verá entonces lo que el mago desea que ella vea –o dará su voto a ese político, o comprará el artículo promocionado en el anuncio”. Se encogió de hombros. “Y en eso consiste todo”.

“¿Sí?” dijo Hugh. “¿Pero qué pasa cuando usted trata con personas de alguna inteligencia que no se tragan su falsa premisa? ¿Cómo hace sus trucos entonces? ¿Cómo puede manipularlas como a salvajes, a quienes se les venden cuentas de colores?”

“No se trata de eso, Hugh”, dijo el doctor. “El hombre está exponiendo sus ideas. No hay razón para ponerlas en cuestión”.

“Tal vez sí la hay”, dijo Hugh, con la mirada fija en Raymond. “Veo que tiene muchas ideas interesantes. Y me pregunto qué tan lejos es capaz de ir para demostrarlas”.

Raymond se llevó la servilleta a los labios con un toque ligero y preciso, y luego la puso cuidadosamente en la mesa enfrente de él. “En resumen”, dijo, “usted quiere una pequeña demostración de mi arte”.

“Depende”, dijo Hugh. “Yo no quiero ningún truco con cajetillas de cigarrillos o conejos sacados de un sombrero, ni ninguna tontería por el estilo. Me gustaría ver algo bueno”.

“Algo bueno”, le hizo eco Raymond, meditativo. Miró alrededor de la sala, la estudió, y luego se dirigió a Hugh, señalando la enorme puerta de roble que estaba cerrada entre el comedor y la sala, donde habíamos estado antes de la comida.

“¿Esa puerta no está cerrada con llave, verdad?”

“No”, dijo Hugh. “No está con llave. Hace años que no se le echa llave”.

“¿Pero hay una llave para ella?”

Hugh sacó su llavero, y con algún esfuerzo extrajo una vieja y pesada llave. “Sí, es la misma que usamos para la despensa”. Muy a su pesar, empezaba a interesarse.

“Bueno. No, no me la dé a mí. Désela al doctor. ¿Usted confía en la honorabilidad del doctor, seguramente?”

“Sí”, dijo Hugh con sequedad, “confío en él”.

“Muy bien. Ahora, doctor, tenga la bondad de ir a esa puerta y echarle llave”.

El doctor fue hasta la puerta, con paso firme, decidido, introdujo la llave en la cerradura, y le dio vuelta. El clic del cerrojo se oyó nítido en el silencio de la sala. El doctor regresó a la mesa portando la llave, pero Raymond, señalando la llave, le advirtió, “Debe permanecer en su mano o todo se echará a perder”.

“Ahora”, dijo Raymond, “como acto final, me acerco a la puerta, como pueden ver. Le hago un pase con mi pañuelo” –el pañuelo escasamente rozó el ojo de la cerradura– “y presto, ¡la puerta está abierta!”

El doctor fue a la puerta. Cogió el pomo, le dio vuelta desconfiado, y luego miró con genuino asombro cómo la puerta se abría silenciosamente.

“¡Demonios!” exclamó.

“De algún modo”, dijo riendo Elizabeth, “una falsa premisa se traga fácilmente”.

Sólo Hugh parecía tomar el truco como una afrenta personal. “Muy bien”, preguntó, ¿cómo lo hizo? ¿Cómo la abrió?”

“¿Yo?” dijo Raymond en tono de reproche, y nos miró a todos sonriendo con evidente goce. “Fueron ustedes quienes lo hicieron todo. Yo sólo usé mi conocimiento de la naturaleza humana para ayudarles a hacerlo”.

Yo dije, “Puedo sospechar parte de la cosa. La puerta ya estaba así antes, y cuando el doctor pensó que la estaba echando llave, hizo lo contrario. En realidad estaba desco- rriendo el cerrojo. ¿No es esa la respuesta?”

Raymond hizo un gesto de asentimiento. “Esa es ciertamente la respuesta. La puerta estaba cerrada previamente. Me aseguré de eso, porque con un poco de previsión sos-

peché que podría haber un desafío de esta índole durante la comida. Simplemente, me las arreglé para ser el último en entrar al comedor y cuando lo hice utilicé esto". Extendió su mano de manera que pudiéramos ver el objeto de metal que tenía en ella. "Una llave maestra ordinaria, por supuesto, pero suficiente para una cerradura vieja y primitiva".

Durante un momento Raymond se puso serio, luego continuó animadamente. "Fue nuestro anfitrión el que sentó la falsa premisa cuando dijo que la puerta estaba sin llave. Es un hombre tan seguro de sí mismo que no necesitó comprobar algo tan obvio. El doctor es también un hombre muy seguro, y cayó en la misma trampa. Como ven, siempre es un poco peligroso ser una persona muy segura".

"Yo estoy de acuerdo con eso", dijo el doctor muy a su pesar, "aunque es una herejía admitirlo en mi clase de trabajo". Con gesto juguetón arrojó la llave a través de la mesa hacia Hugh, quien la vio caer cerca y no hizo ningún movimiento para recogerla. "Bien, Hugh, te guste o no, tienes que admitir que el hombre ha demostrado su teoría".

“¿Sí?” dijo Hugh suavemente. Estaba allí sentado sonriendo un poco, y era fácil ver que estaba dándole vueltas a un pensamiento en la cabeza.

“Oh, vamos, hombre”, dijo el doctor con cierta impaciencia. “Tú caíste en el truco al igual que todos nosotros. Bien lo sabes”.

“Por supuesto que sí, querido”, dijo Elizabeth.

Pienso que ella vio de repente la oportunidad de convertir la reunión en la conferencia de paz que tenía en mente, pero yo podría haberle dicho que estaba eligiendo mal el momento. Había en los ojos de Hugh algo que no me gustaba —una mirada velada que no era natural en él. Ordinariamente, cuando estaba realmente enojado, estallaba en violenta tormenta, y una vez los rayos y centellas habían pasado se mostraba sinceramente arrepentido. Pero su estado de ánimo era ahora diferente. Había en su ánimo una calma fría que me asustaba.

Montó un brazo sobre el espaldar de la silla y apoyó el otro en la mesa, sentándose de medio lado para fijar sus ojos en Raymond. “Parece que estoy en minoría de uno”, observó,

“pero lamento decir que su pequeño truco me ha decepcionado. No porque no hubiera sido hecho de manera ingeniosa –concedo eso, ciertamente– sino porque fue apenas lo que podría esperarse de un cerrajero competente”.

“Veo que están sobrando las uvas verdes”, se burló el doctor.

Hugh sacudió la cabeza. “No, no desprecio lo que está fuera de mi alcance. Simplemente estoy diciendo que si se tiene una puerta con cerradura y una llave en la mano, no es ninguna gracia mover el cerrojo. Dada la reputación de nuestro amigo, yo esperaba mucho más de él”.

Raymond hizo una mueca. “Puesto que yo esperaba divertirlos”, dijo, “debo excusarme por la desilusión”.

“Oh, como un acto de entretenimiento, yo no me quejo. Pero como una verdadera prueba—”

“¿Una verdadera prueba?”

“Sí, algo un poco diferente. Digamos, una puerta sin cerrojos ni llaves que puedan manipularse. Una puerta cerrada que pueda abrirse con un dedo, pero que sin embargo es imposible de abrir. ¿Cómo le suena eso?”

Raymond entrecerró sus ojos pensativo, como si estuviera considerando la imagen que se le ofrecía. “Suenan muy interesantes”, dijo al fin. “Explíquese mejor”.

“No”, dijo Hugh, y por la repentina ansiedad en su voz sentí que era el momento que él había estado esperando. “Haré algo mejor. Le *mostraré*”.

Se paró bruscamente y los demás lo imitamos, salvo Elizabeth, que permaneció sentada. Cuando le pregunté si no deseaba venir, simplemente negó con la cabeza y se quedó mirándonos salir con expresión desesperanzada.

Íbamos hacia las bodegas: me di cuenta cuando Hugh recogió una linterna en el camino; pero a una parte de las bodegas que yo no había visto antes. Unas pocas veces yo había bajado a ayudar a seleccionar una botella de vino en los estantes del sótano, pero ahora pasamos la cava del vino y entramos en una cámara larga, débilmente iluminada que estaba detrás. Nuestros pasos frotaban sonoramente la piedra áspera, las paredes en torno de nosotros mostraban las manchas de las filtraciones de agua, y por más calurosa que la noche estuviera afuera, yo podía sentir, por la fría hume-

dad, que se me ponía la carne de gallina. Cuando el doctor se estremeció y dijo sardónico, “Estas son las tumbas mismas de la Atlántida”, supe que yo no era el único que tenía esa sensación y sentí algún alivio por ello.

Nos detuvimos en el fondo, ante lo que podía ser descrito como un closet de piedra contruido desde el piso hasta el techo en el rincón más apartado de la cámara. Tenía aproximadamente cuatro pies de ancho y casi ocho de longitud, y su entrada abierta mostraba la impenetrable negrura de su interior. Hugh penetró en la negrura y tiró de una pesada puerta hasta ponerla en su lugar.

“Aquí la tienen”, dijo abruptamente. “Madera sólida, cuatro pulgadas de espesor, perfectamente alineada con su marco, lo que garantiza un cierre hermético. Una bella obra de carpintería, como se construían hace doscientos años. Y sin cerraduras ni cerrojos. Sólo una anilla a cada lado, como manija”. Dio un empujón suave sobre la madera, y la puerta se abrió sin ruido bajo su toque. “¿Ven eso? La puerta está tan perfectamente equilibrada sobre sus goznes que se mueve con la suavidad de una pluma”.

“¿Pero para qué eso?” pregunté. “Debe haber sido hecha con algún fin”.

Hugh se rio un momento. “En efecto. En tiempos pasados, cuando un sirviente cometía un delito –y no creo que tuviera que ser más grave que contestarle a uno de los antiguos Loziers– era puesto aquí para que se arrepintiera. Y como el aire adentro como máximo duraba una hora larga, el hombre se arrepentía rápidamente o nunca”.

“¿Y esa puerta?” dijo el doctor cautelosamente. “Esa puerta notable que abre con un simple toque para dejar pasar el aire necesario –¿qué impedía que el sirviente la abriera?”

“Miren”, dijo Hugh. Encendió su linterna dentro de la celda y nos agrupamos detrás de él para mirar. El rayo de luz llegó hasta el muro del fondo y enfocó una corta y pesada cadena que colgaba por encima de la altura de la cabeza con un collar en forma de U prendido del último eslabón.

“Ya veo” dijo Raymond, y esas eran las primeras palabras que yo le oía pronunciar desde que salimos del comedor. “Es verdaderamente ingenioso. El hombre está con la espalda contra la pared, frente a la puerta. El collar en U es colocado

en su cuello, y luego –puesto que no tiene cerrojo– es martillado de manera que forme una argolla. La puerta es cerrada, y el hombre pasa las pocas horas siguientes como alguien metido dentro de un armario oscuro, extendiendo sus pies para alcanzar la anilla de la puerta, que está fuera de alcance. Si es afortunado, es posible que no se estrangule él mismo con la argolla y que pueda sobrevivir –siempre que alguien venga a tiempo a abrirle la puerta”.

“Dios mío”, dijo el doctor. “Usted me hace sentir como si yo lo estuviera viviendo”.

Raymond sonrió débilmente. “Yo he pasado por muchas experiencias de esta clase, y, créame, doctor, la realidad supera las peores imaginaciones. Siempre hay un momento último de terror, de pánico, cuando el corazón golpea tan fuertemente que uno cree que le va a estallar en el pecho, y un sudor frío lo baña a uno en cosa de instantes. Es cuando uno debe dominarse, apartar todas las debilidades, y recordar todas las lecciones que ha aprendido. Si no—!” Se pasó rápidamente el canto de la mano por el delgado cuello. “La víctima corriente de semejante artefacto”, concluyó triste-

mente, “que por desgracia carece del coraje y el conocimiento necesarios para valerse por sí misma, deja la vida en el trance”.

“Pero ese no sería el caso de usted”, dijo Hugh.

“En efecto, no tengo razones para pensarlo”.

“¿Quiere decir”, y el ansia se revelaba en Hugh, excitado como nunca, “que en las mismas condiciones de la persona encadenada aquí hace doscientos años usted sería capaz de alcanzar esa puerta?”

El tono de desafío era tan marcado que no podía ser pasado por alto fácilmente. Raymond guardó silencio un largo minuto, el rostro tenso por la concentración, antes de responder.

“Sí”, dijo. “No sería fácil –el problema resulta formidable por su misma simplicidad– pero podría ser resuelto”.

“¿Cuánto cree que le tomaría a usted?”

“Una hora a lo sumo”.

Hugh había recorrido un largo trecho hasta llegar a este punto. Hizo la pregunta lentamente, saboreándola. “¿Quiere que hagamos una apuesta?”

“Esperen un momento”, dijo el doctor. “No me gusta nada esto”.

“Y yo propongo que mejor vayamos por un trago”, dije. “Diversión es diversión, pero vamos a coger una neumonía en estos juegos aquí abajo”.

Ni Hugh ni Raymond parecieron escuchar ni una sola palabra. Se estaban mirando el uno al otro –Hugh como sobre ascuas, en estado de gran tensión, y Raymond reflexionando–, hasta que Raymond dijo, “¿Cuál es la apuesta que usted propone?”

“Esta. Si usted pierde, abandona la casa Dane dentro de un mes, y me la vende”.

“¿Y si yo gano?”

No fue fácil para Hugh, pero finalmente lo soltó. “Entonces seré yo quien se marche. Y si usted no quiere comprar la casa Hilltop, se la venderé al primero que se presente”.

Para cualquiera que conociera a Hugh esa era una declaración tan fantástica, tan sorprendente de oírle pronunciar, que ninguno de nosotros encontró palabras al principio. Fue el doctor el que se recuperó más rápidamente.

“Tú no puedes hablar por ti solo, Hugh”, le advirtió. “Eres un hombre casado. Los sentimientos de Elizabeth deben ser tenidos en cuenta”.

“¿Apostamos?” le preguntó Hugh a Raymond haciendo caso omiso de las palabras del doctor. “Quiere hacer la apuesta?”

“Antes de responder eso, creo que hay algo que debe ser explicado”. Raymond hizo una pausa, luego continuó lentamente. “Me temo que di la impresión –por falso orgullo, quizás– de que cuando me retiré de mi trabajo fue por aburrimiento, por falta de interés en él. Eso no es verdad. En realidad, tuve que ir al cardiólogo hace algunos años; el doctor me examinó, y de repente me vi obligado a tener en cuenta mi corazón por encima de las demás cosas. Se los cuento porque, aunque este desafío me parece una manera interesante y poco corriente de resolver las diferencias entre vecinos, tengo que rechazarlo por razones de salud”.

“Usted estaba muy sano hace un minuto”, dijo Hugh con dureza.

“Quizás no tanto como usted querría creer, amigo mío”.

“En otras palabras”, dijo Hugh ácidamente, “no tiene ningún cómplice a la mano, ni llaves en el bolsillo que puedan ayudarle, ni manera de engañar a nadie haciéndole ver lo que no existe. Así, no le queda más que darse por vencido”.

Raymond se puso rígido. “Ese no es el caso. Tengo conmigo todos los instrumentos que necesitaría para una prueba como esta. Créame, serían suficientes”.

Hugh se rio ruidosamente, y el sonido de su risa repercutió en ecos a lo largo de los corredores detrás de nosotros. Fue ese sonido, estoy seguro –el vívido desprecio que vibraba en él y rebotaba de pared en pared– lo que condujo a Raymond a la celda.

Hugh usó el martillo, un pesado mazo de corto mango, apretando el collar como un aro alrededor del cuello de Raymond, y aseguró con fuertes y uniformes martillazos el fierro clavado en la pared. Cuando terminó vi el brillo de los números luminosos del reloj de pulsera que Raymond miraba en medio de la oscuridad.

“Ahora son las once” dijo con calma. “La apuesta es que a la medianoche esa puerta debe estar abierta, y que no

importan los medios que se utilicen. Esas son las condiciones, y ustedes, caballeros, son testigos de ello”.

Después la puerta fue cerrada, y empezó nuestro caminar. Paseamos de un lado para otro –los tres– como si una extraña fuerza nos empujara a trazar en el piso todas las figuras geométricas imaginables, el doctor con su paso rápido e impaciente, y yo acompañando las zancadas largas y nerviosas de Hugh. Una marcha estúpida y absurda, hacia atrás y hacia adelante sobre nuestras propias sombras, todos contando los segundos que pasaban, y cada uno con vergüenza de ser el primero en mirar su reloj.

Por un rato hubo, desde el interior de la celda, un contrapunto a este sonido de pasos. Era el escasamente perceptible tintineo de una cadena durante intervalos breves y regulares. Luego se produjo un largo silencio, seguido por un nuevo tintineo. Cuando volvió el silencio, no pude aguantarme más. Levanté mi reloj hacia la débil luz amarillenta de una bombilla que pendía del techo y vi con desaliento que habían pasado apenas veinte minutos.

Después de eso los otros no vacilaron en mirar el reloj y, en fin de cuentas, la espera se hizo más difícil de soportar que cuando no teníamos idea de la hora. Soprendí al doctor dándole cuerda a su reloj con giros cortos y rápidos, unos pocos minutos después darle cuerda de nuevo, y luego dejar caer la mano con disgusto al darse cuenta de que ya lo había hecho un momento antes. Hugh caminaba con su reloj de pulsera levantado cerca de sus ojos, como si, concentrándose en él, pudiera hacer andar más rápidamente el minuterero.

Pasaron treinta minutos.

Cuarenta.

Cuarenta y cinco.

Recuerdo que cuando miré mi reloj y vi que faltaban menos de quince minutos me pregunté si yo sería capaz de resistir ese corto tiempo. El frío había penetrado tan hondo dentro de mí que me dolía todo el cuerpo. Me impresionó ver el rostro de Hugh bañado en sudor, y las gotas que rodaban por él mientras yo lo miraba.

Fue en el momento en que lo miraba fascinado cuando sucedió la cosa. El sonido atravesó las paredes de la celda

como un gemido agónico escuchado desde lejos, y vibró sobre nosotros como si estuviera deletreando las palabras.

“¡Doctor!” gritaba. *“¡Aire!”*.

Era la voz de Raymond, pero el espesor de la pared a través de la cual llegaba la convertía en un sonido agudo y débil. Lo que era más claro en esa voz era la nota de puro terror, la súplica nacida de ese terror.

“¡Aire!”, gritaba, la palabra borboteando y disolviéndose en un rumor prologando que acababa siendo ininteligible.

Y luego se silenció.

El doctor y yo saltamos hacia la puerta, pero Hugh había llegado primero, su espalda contra ella, bloqueando el paso. Su mano sostenía en alto el martillo con el que había fijado el collar de Raymond.

“¡Atrás!” gritó. *“¡Ni un paso más! ¡Se los advierto!”*

Su furia, evidenciada por la amenaza del martillo, nos paralizó.

“Hugh”, suplicó el doctor. *“Sé lo que estás pensando, pero puedes olvidarte de eso. La apuesta está cancelada, y yo voy*

a abrir la puerta bajo mi entera responsabilidad. Te doy mi palabra”.

“¿Sí? Pero olvidas los términos de la apuesta. Esta puerta debe estar abierta al cabo de una hora *–¡y no importan los medios que se utilicen!* ¿Entiendes ahora? Él está fingiendo una escena de muerte, de manera que tú abras la puerta y lo hagas ganar la apuesta. Pero es mi apuesta, no la tuya, y yo tengo la última palabra”.

Noté por la forma en que hablaba, a pesar de la tensión en su voz, que estaba en perfecto dominio de sí mismo, lo que hacía más grave el asunto.

“¿Cómo sabes que está fingiendo?” pregunté. “El hombre dice que sufre del corazón. Dijo que había siempre un momento en una prueba como esta cuando tenía que luchar contra el pánico y eso representaba una tensión enorme. ¿Qué derecho tienes de jugar con su vida?”

“¡Por todos los demonios! ¿No ves que nunca mencionó ninguna enfermedad hasta que se planteó la apuesta? ¿No ves que preparó este ardid, de la misma manera que cerró la

puerta detrás de él cuando llegó al comedor? Pero esta vez nadie va a intervenir en su favor — ¡nadie!”

“Escúchame”, dijo el doctor, y su voz restalló como un látigo. “¿Admites que hay al menos una pequeña posibilidad de que ese hombre haya muerto, o esté muriendo?”

“Sí, es posible —todo es posible”.

“No estoy discutiendo sutilezas. Te estoy diciendo que, si ese hombre está en problemas, cada segundo cuenta, y tú le estás robando ese tiempo. Y si tal es el caso, digo ¡por Dios! que estaré en el estrado de los testigos en tu proceso y juraré que tú lo asesinaste. ¿Es eso lo que quieres?”

La cabeza de Hugh se inclinó sobre su pecho, pero su mano continuaba esgrimiendo el martillo. Yo podía oír el fuerte sonido de su respiración a través de su garganta, y cuando levantó la cabeza su rostro aparecía sombrío y demacrado. El tormento de la indecisión estaba inscrito en cada uno de las líneas sudorosas de su rostro.

Y entonces entendí de pronto lo que Raymond había querido decir cuando le habló a Hugh de la revelación que podría alcanzar el día que debiera tomar una decisión y no

se sintiera seguro de sí mismo, el día en que se viera enfrentado a un dilema perfecto. Era la revelación de lo que un hombre puede aprender sobre sí mismo cuando se ve obligado a mirar dentro de sus propias profundidades —y Hugh al fin la había alcanzado.

En ese lóbrego sótano, mientras el paso implacable de los segundos resonaba cada vez más fuerte en nuestras mentes, estábamos a la espera de lo que él iba a hacer.

(Título original: "The Moment of Decision". Fue publicado en marzo de 1955 en *Queen's Mystery Magazine*, e incluido en antologías como *The Speciality of the House* -1979).

